

**JAMES
PATTERSON
VÍAS CRUZADAS**

Traducción de Josep Escarré



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2016

Prólogo

ME SIENTO GUAPA...

UNO

COCO DEJÓ EL CADÁVER sumergido en la bañera y entró en el enorme vestidor. Llevaba unas bragas de seda negra, unos guantes negros que le llegaban hasta los codos, y nada más. Sus entrenados ojos parpadearon y echaron un vistazo a la ropa informal: era de calidad, sin duda alguna, pero no era lo que Coco quería.

Vestidos de alta costura. Trajes de noche brillantes. El atractivo y el carácter seductor de la ropa elegante atraían a Coco como un imán atrae al hierro. Unos ojos expertos y unos hábiles dedos enguantados examinaron un vestido de color gris ratón con escote de barco de Christian Dior y luego un traje blanco de Gucci con la espalda al aire.

Coco pensó que los diseños eran magníficos, aunque la mano de obra no era tan precisa ni la ejecución todo lo firme que cabría esperar en vestidos cuyas etiquetas marcaban precios de diez mil dólares o más. Actualmente, incluso en sus modelos más lujosos, el arte de la confección estaba en crisis y las habilidades de antaño casi se habían perdido. Una lástima. Una vergüenza. Un ultraje, como habría dicho la madre de Coco, fallecida hacía ya mucho tiempo.

Aun así, ambos vestidos acabaron metidos en una funda de ropa, para más adelante.

Coco empujó más vestidos hacia un lado, buscando uno que impactara, que despertara una profunda emoción, ese que hacía exclamar: «¡Ohhh, sí! Éste es mi sueño. Mi fantasía. ¡Esto es lo que voy a ser esta noche!».

Un vestido de cóctel de Elie Saab puso fin a su búsqueda. Talla 6. Perfecto. De color índigo oscuro, de seda, sin mangas, muy escotado, con tiras en la espalda en forma de diamante, era espectacularmente retro... Finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, sacado directamente del vestuario de *Mad Men*.

Estoy llamando al Sr. Draper; ya podéis empezar a babear.

Coco se echó a reír, aunque aquel vestido no tenía nada de gracioso. Era un vestido de leyenda, de esos que pueden silenciar todas las conversaciones en un restaurante con tres estrellas Michelin o en un salón de baile lleno de gente rica, poderosa y famosa; esa extraña clase de vestido que parecía tener su propio campo gravitatorio y que era capaz de despertar la lujuria en todos los hombres y la envidia en todas las mujeres en cien metros a la redonda.

Coco cogió el vestido, se dirigió a los espejos de cuerpo entero que había en el extremo más alejado del vestidor y se detuvo un momento frente a ellos para echarse un vistazo. Una buena estatura, una figura esbelta, la cara de una modelo de portada y la majestuosa actitud de una bailarina. Coco se fijó en sus ojos ovalados de color avellana y en sus juveniles caderas. Si el mundo no fuera tan cruel, aquella sensual criatura habría sido la estrella de todas las pasarelas, de París a Milán.

Por un momento, Coco se quedó mirando, con frustración, lo único que le había impedido llevar una vida de ensueño como glamurosa supermodelo. A pesar de la cinta que había pegado debajo de las bragas negras, seguía siendo evidente que Coco era un hombre.

DOS

CON CUIDADO DE NO ESTROPEAR EL MAQUILLAJE, Coco pasó el Elie Saab por su lisa cabeza calva y sus femeninos hombros, rezando para que la caída del vestido ocultara cualquier evidencia externa de su masculinidad.

Sus oraciones fueron escuchadas. Cuando Coco alisó la tela para que se aferrara a las caderas y a los muslos, incluso con la calva era, en apariencia, una mujer impresionante.

Coco encontró unas medias negras transparentes que llegaban hasta los muslos y se las puso con mucho cuidado, sensualmente, antes de dirigirse a las estanterías de zapatos que había al lado de los espejos. Dejó de contar cuando llegó a los doscientos pares.

¿Quién era Lisa? ¿La reencarnación de Imelda Marcos?

Se echó a reír y escogió un par de zapatos negros de tacón de aguja de Sergio Rossi. Le apretaban un poco en los dedos, pero, cuando se trataba de seguir la moda, una chica tenía que sacrificarse.

Después de apretar las correas de estilo gladiador y conseguir mantenerse en equilibrio, Coco salió del vestidor y entró en la gigantesca suite. Ignorando la exquisita decoración, fue directamente hacia el enorme joyero que había en el tocador.

Tras descartar varias piezas, encontró unos pendientes de perlas de Tahití y un collar a juego de Cartier que complementaban pero en ningún caso anulaban el vestido. Como solía decir su madre: *Concéntrate en lo importante, y luego adórnalo.*

Se puso las perlas y cogió la bolsa de Fendi que había dejado antes junto al tocador. Apartó el papel de seda, ignorando la camiseta tipo polo doblada, los vaqueros y los náuticos, y sacó una caja ovalada.

Coco quitó la tapa de la caja: dentro había una peluca. Tenía más de cincuenta años, pero estaba en perfecto estado. El pelo, abundante, era humano, y no estaba teñido; era de un color rubio ceniza. Cada hebra de cabello conservaba su brillo y su textura natural.

Se sentó en el tocador, se inclinó sobre la bolsa y encontró un poco de cinta adhesiva de doble cara. Con unas tijeras que había en un cajón, cortó la cinta en cuatro trozos de unos dos centímetros de longitud. Con los dientes, tiró de uno de los largos guantes negros.

Arrancó la tira de cada trozo de cinta y lanzó los papeles en la bolsa de Fendi. Luego fijó los trozos de cinta en su cráneo: uno en la coronilla, otro a unos seis centímetros del centro y uno más encima de cada oreja.

Después de volver a ponerse el guante, Coco sacó la peluca de la caja, se miró en el espejo y se la colocó en la cabeza, sobre los trozos de cinta. Impecable. Suspiró con satisfacción.

A los ojos de Coco, la peluca parecía tan impresionante como la primera vez que la había visto, décadas atrás. La había diseñado un maestro de París que ha-

bía dividido el pelo por la mitad, lo había cortado por detrás y luego había ajustado la longitud para que, a ambos lados, los rizos fueran más largos. El cabello enmarcaba el rostro de Coco en una lágrima que terminaba justo debajo del perfil de la mandíbula y encima del collar de perlas.

Entusiasmado por el conjunto, Coco se retocó con el lápiz de labios y sonrió seductoramente a la mujer que lo contemplaba.

–Esta noche estás preciosa, querida –dijo, encantado–. Una obra de arte.

Guiñándole el ojo a su reflejo, Coco se levantó del tocador y se puso a cantar.

–«Me siento guapa, ¡oh, tan guapa! Me siento guapa y divertida y...»

Mientras cantaba, su experta mirada se posó de nuevo en el joyero, del que sacó varias prometedoras piezas con enormes esmeraldas. Las metió en la bolsa de Fendi y volvió al vestidor. Despejó un estante lleno de camisas de hombre almidonadas, que dejaron al descubierto una caja fuerte con teclado digital.

Coco tecleó el código de memoria y abrió la caja fuerte; se sintió satisfecho al ver que había diez fajos de billetes de cincuenta dólares. Los metió todos en la bolsa de Fendi, cerró la caja fuerte y puso la bolsa, con lo que había dentro, en la parte inferior de la funda para ropa, subió la cremallera y la cargó en el hombro.

Cuando salía del vestidor, Coco cogió un juego de llaves. Vio un bolso de mano de Badgley Mischka Alba negro y dorado, de forma geométrica, y lo sacó del estante. *¡Qué suerte!*

Metió las llaves dentro.

Cuando entró en la suite, dudó, entró de nuevo en el cuarto de baño, cuyo tamaño era el de una casa pequeña, y gritó:

–¡Lisa, querida, me temo que ya es hora de que me vaya!

Coco inclinó la cabeza sobre su hombro izquierdo y miró atentamente y con tristeza a la mujer morena que había en la bañera. Los ojos sin vida de color turquesa de Lisa estaban fuera de sus órbitas y sus labios inyectados de colágeno se habían ensanchado, como si su mandíbula se hubiera fundido cuando la radio Bose, que estaba enchufada, entró en contacto con el agua de la bañera. Era increíble que actualmente, con tecnologías tan sofisticadas, disyuntores y todo eso, la electricidad y el agua de una bañera aún pudieran producir una descarga tan fuerte que fuera capaz de parar un corazón.

–Debo reconocer, amiga mía, que tenías mucho mejor gusto del que creía –le dijo Coco al cadáver–. Pensándolo bien, después de haber hecho un breve inventario de tu guardarropa, veo que tenías dinero y que lo gastabas razonablemente bien. Y, desde el fondo de mi corazón, debo decir que eres guapa incluso estando muerta. ¡Maravillosa, querida! Maravillosa.

Le lanzó un beso, se dio la vuelta y salió del baño.

Coco se movió con seguridad por la mansión y bajó por la escalera de caracol hasta el vestíbulo. Era tarde, casi había anochecido; la puesta de sol en Florida proyectaba un brillo dorado a través de las ventanas, iluminando una pintura al óleo en la pared del fondo.

Coco pensó que el artista había plasmado a Lisa en todo su esplendor, representándola en el apogeo de su poderosa feminidad, su elegancia y su madurez. Nadie podría cambiar eso. Jamás. A partir de aquel día, Lisa sería la mujer del cuadro y no el cuerpo sin vida que estaba arriba.

Salió por la puerta principal a la rotonda que había frente a la casa. Era finales de junio y tierra adentro el calor era insoportable. Sin embargo, allí, tan cerca del océano, soplaba la brisa y el aire resultaba muy agradable.

Coco avanzó por el camino de entrada, junto a los jardines perfectamente cuidados de Lisa, llenos de exuberantes colores tropicales y perfumados con florecientes orquídeas. Los loros salvajes se carcajearon en las perchas instaladas en las palmeras cuando pulsó el botón de la verja y ésta se abrió.

Caminó una manzana por una calle de césped muy bien cuidado y bonitas casas, deleitándose con el repiqueteo de los tacones de aguja en la acera y el roce del vestido de seda contra sus muslos.

Un coche deportivo antiguo y poco común, un Aston Martin DB5 descapotable de color verde oscuro, estaba aparcado allí. Aquel Aston había conocido tiempos mejores y había que arreglarlo, pero a Coco seguía gustándole, igual que a un niño miedoso le gusta y necesita su manta favorita hasta que acaba hecha jirones.

Se subió al biplaza, dejó la bolsa en el asiento del pasajero e introdujo la llave en el contacto. El vehículo rugió con fuerza. Después de bajar la capota, metió la marcha y se perdió entre las luces del tráfico nocturno.

«Hoy estoy guapa –pensó Coco–. Y hace una noche espectacular en mi paraíso, Palm Beach. El amor y las

oportunidades están ahí. Puedo sentir cómo vienen hacia mí. Como me decía siempre mi madre, si una chica tiene clase, amor y una pequeña oportunidad en la vida, lo demás no importa.»

Primera parte

STARКСVILLE

CAPÍTULO

1

CUANDO VI LA SEÑAL DE TRÁFICO indicando que faltaban dieciséis kilómetros para llegar a Starksville, Carolina del Norte, mi respiración se volvió pesada, los latidos de mi corazón se aceleraron y una sensación irracionalmente sombría y agobiante se apoderó de mí.

Bree, mi mujer, iba sentada en el asiento del pasajero de nuestro Ford Explorer y debió de notarlo.

–¿Estás bien, Alex? –me preguntó.

Tratando de no hacer caso de esa sensación, dije:

–Thomas Wolfe, un gran novelista de Carolina del Norte, dijo que no se puede volver a casa. Me pregunto si será verdad.

–¿Por qué no podemos volver a casa, papá? –me preguntó desde el asiento de atrás mi hijo Alex, de casi siete años.

–Es sólo una forma de hablar –le aclaré–. Si creces en una ciudad pequeña y luego te trasladas a una gran ciudad, las cosas nunca son lo mismo cuando vuelves. Eso es todo.

–Ah –dijo Ali, concentrándose de nuevo en el juego de su iPad.

Mi hija Jannie, de quince años, que había permanecido en silencio durante la mayor parte del largo viaje desde Washington D.C., me dijo:

-¿Nunca has vuelto, papá? ¿Ni siquiera una vez?

-No -contesté mirando por el espejo retrovisor-. No desde... ¿Cuánto tiempo hace, Nana?

-Treinta y cinco años -dijo mi diminuta abuela de noventa y tantos años, Regina Cross. Iba sentada en el asiento trasero, entre mis dos hijos, haciendo un esfuerzo por mirar el paisaje-. Nos hemos mantenido en contacto con la extensa familia, pero nunca era un buen momento para volver.

-Hasta ahora -dijo Bree. Podía sentir su mirada posada en mí.

Mi mujer y yo somos detectives de la policía metropolitana de Washington D.C., y sabía que estaba siendo examinado por una profesional.

Sin ganas de retomar la «discusión» que habíamos tenido durante los últimos días, dije, con firmeza:

-El capitán nos ordenó tomarnos unos días libres para viajar, y la sangre tira.

-Podríamos haber ido a la playa. -Bree lanzó un suspiro-. A Jamaica, otra vez.

-Me gusta Jamaica -dijo Ali.

-Pero vamos a la montaña -dije.

-¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos? -preguntó Jannie en tono de queja.

-El tiempo que dure el juicio de mi primo -le contesté.

-¡Eso podría ser algo así como un mes! -exclamó.

-Probablemente no -le dije-. Pero es posible.

–Por Dios, papá, ¿cómo quieres que esté mínimamente en forma para la temporada de otoño?

Mi hija, una corredora con talento, se había convertido en una obsesa de sus entrenamientos desde que ganó una carrera importante a principios de verano.

–Entrenarás dos veces por semana con un equipo de la Unión Atlética Amateur en Raleigh –le dije–. Van a la pista del instituto para entrenar a cierta altitud. Tu entrenador dijo que sería bueno para ti correr a cierta altitud, de modo que, por favor, olvídate de tus entrenamientos. Lo tenemos controlado.

–¿A qué *actitud* está Starksville? –preguntó Ali.

–Altitud –le corrigió Nana Mama, que había sido profesora de inglés y subdirectora de instituto–. Significa la altura a la que está algo sobre el nivel del mar.

–Estaremos por lo menos a unos seiscientos metros sobre el nivel del mar –le dije, y a continuación señalé en dirección a las vagas siluetas de unas montañas–. Allí, detrás de aquellas crestas.

Jannie se calló unos instantes y luego preguntó:

–¿Stefan es inocente?

Pensé en los cargos. Stefan Tate era profesor de gimnasia y había sido acusado de torturar y matar a Rashawn Turnbull, un muchacho de trece años de edad. También era el hijo de la hermana de mi difunta madre y...

–¿Papá? –me dijo Ali–. ¿Es inocente?

–Scootchie cree que sí –le respondí.

–Scootchie me cae bien –dijo Jannie.

–A mí también –le dije, mirando a Bree–. Por eso, si me llama, yo voy.

Naomi «Scootchie» Cross es la hija de mi difunto hermano Aaron. Hace unos años, cuando Naomi estaba en la Facultad de Derecho, en la Universidad de Duke, la secuestró un sádico asesino que se hacía llamar Casanova. Tuve la suerte suficiente como para dar con ella y rescatarla, y aquella terrible experiencia forjó un vínculo entre nosotros que nunca se rompió.

Pasamos junto a un estrecho campo de maíz a nuestra derecha y un pinar a nuestra izquierda.

En un rincón de mi memoria, reconocí aquel lugar y me sentí mareado, porque sabía que en la otra punta del campo de maíz habría una señal dándome la bienvenida a una ciudad que me había roto el corazón, un lugar que me había pasado la vida tratando de olvidar.

CAPÍTULO

2

RECORDABA QUE LA SEÑAL que marcaba los límites de mi agitada infancia era de madera y estaba descolorida y envuelta en kudzu. Sin embargo, ahora estaba grabada en metal, era bastante nueva y junto a ella no crecían las malas hierbas.

BIENVENIDOS A STARKSVILLE, CN
POBLACIÓN 21.010

Después de la señal pasamos junto a dos fábricas cercadas por un muro de ladrillos que llevaban mucho tiempo abandonadas. Sin ventanas y a punto de derrumbarse, alrededor de las desmoronadas estructuras había vallas metálicas de las que colgaban carteles declarando los edificios en ruinas. En un rincón de mi cerebro recordé que, en otros tiempos, en la primera fábrica hacían zapatos y en la segunda, sábanas. Lo sabía porque mi madre había trabajado en la de sábanas cuando yo era un niño, antes de que sucumbiera a los cigarrillos, el alcohol, las drogas y, finalmente, al cáncer de pulmón.

Miré por el espejo retrovisor y, por su rostro contraído, vi que a mi abuela también la asaltaban los recuerdos de mi madre, su nuera, y probablemente también los de su hijo, mi difunto padre. Pasamos junto a un centro comercial de mala muerte que yo no recordaba y luego junto a la estructura abandonada de un supermercado Piggly Wiggly del que me acordaba muy bien.

—Cuando mi madre me daba una moneda de cinco centavos, entraba ahí para comprarme golosinas o un Mr. Pibb —dije, señalando el edificio.

—¿Una moneda de cinco centavos? —dijo Ali—. ¿Podías comprar golosinas con cinco centavos?

—En mis tiempos eso era un penique, jovencito —le dijo Nana Mama.

—¿Qué es un Mr. Pibb? —preguntó Bree, que se había criado en Chicago.

—Un refresco —le dije—. Creo que es zumo de ciruelas con gas.

—Eso es asqueroso —dijo Jannie.

—No, en realidad está bueno —le dije—. Es parecido a un Dr. Pepper. A mi madre le gustaba. Y a mi padre también. ¿Te acuerdas, Nana?

—¿Cómo podría olvidarlo?

Mi abuela lanzó un suspiro.

—¿Os dais cuenta de que ninguno de los dos utiliza nunca sus nombres? —dijo Bree.

—Christina y Jason —dijo Nana Mama, en voz baja. Volví a mirarla por el retrovisor y vi lo triste que se había puesto de repente.

—¿Cómo eran? —preguntó Ali, sin apartar la vista de su iPad.

Por primera vez en décadas, sentí el dolor y la tristeza por la pérdida de mis padres. Permanecí en silencio. Sin embargo, mi abuela dijo:

–Eran dos almas hermosas y afligidas, Ali.

–Está a punto de pasar un tren, Alex –me dijo Bree.

Aparté los ojos del retrovisor y vi las luces parpadeando y las barreras bajando. Reduje la velocidad hasta detenernos detrás de dos coches y una camioneta y vimos los vagones de un tren de mercancías que avanzaban lentamente y retumbaban al pasar.

Me vi a mí mismo –¿con ocho, nueve años?– corriendo junto a esas mismas vías por donde cruzaban un bosque que estaba cerca de mi casa. Era una noche lluviosa y, por alguna razón, yo estaba muy asustado. *¿A qué se debía?*

–¡Mirad a esos tipos del tren! –exclamó Ali, interrumpiendo mis pensamientos.

Dos chicos viajaban en uno de los vagones; uno era afroamericano y el otro caucásico, ambos jóvenes, de veintipocos años. Cuando se estaban acercando al paso a nivel, se sentaron, con las piernas colgando por la parte delantera del vagón, como si se estuvieran preparando para un largo viaje.

–A los hombres que viajaban así en tren los llamábamos vagabundos –dijo Nana Mama.

–Visten demasiado bien para ser vagabundos –dijo Bree.

Cuando el vagón en el que viajaban aquellos chicos cruzó el paso a nivel, comprendí a qué se refería Bree. Llevaban gorras de béisbol con las viseras hacia atrás, gafas de sol, auriculares, bermudas, camisetas negras y

unas brillantes zapatillas de deporte de caña alta. Parecían haber reconocido a alguien en el coche que estaba delante del nuestro, y ambos saludaron levantando tres dedos. De la ventanilla del conductor del coche emergió un brazo que les devolvió el saludo.

Y entonces los chicos desaparecieron de nuestra vista y poco después también el furgón de cola, en dirección al norte. Las barreras se levantaron. Las luces dejaron de parpadear. Cruzamos las vías. Los dos coches giraron a la derecha y tuve que frenar para dejar que la camioneta girara a la izquierda, siguiendo una señal que rezaba: FERTILIZANTES CAINE CO.

–¡Puf! –exclamó Ali–. ¿Qué es ese olor?

A mí también me llegó.

–Urea –dije.

–¿Te refieres a lo que hay en el pis? –me preguntó Jannie, con cara de asco.

–Pis de animales –dije–. Y probablemente también caca de animales.

–¡Dios! ¿Qué estamos haciendo aquí? –dijo Jannie, lanzando un gemido.

–¿Dónde vamos a quedarnos? –preguntó Ali.

–Naomi se ha ocupado de todo –contestó Bree–. Sólo rezo para que haya aire acondicionado. Estamos a treinta y dos grados, y si vamos a favor del viento, ese olor...

–La temperatura es de veintiséis grados –dije, mirando el tablero–. Ahora estamos a más altura.

Seguí conduciendo por instinto. Aunque no recordaba los nombres de las calles, de alguna forma sabía llegar al centro de Starksville como si hubiese estado allí el día anterior y no treinta y cinco años antes.

El centro de la ciudad se había construido a principios del siglo XIX en torno a una plaza rectangular en la que ahora había una estatua del coronel Francis Stark, un héroe local de la Confederación, hijo del homónimo fundador de la ciudad. Starksville debió de ser un lugar que podría describirse como pintoresco. Muchos de los edificios eran antiguos, algunos anteriores a la guerra de Secesión y otros con fachadas de ladrillo, como las fábricas de las afueras.

Sin embargo, la crisis económica había golpeado Starksville. Por cada establecimiento que estaba abierto aquel jueves –una enorme tienda de ropa, una librería, una casa de empeños, una armería y dos licorerías–, había dos que estaban vacíos, con los escaparates pintados de blanco. Había carteles de «Se vende» por todas partes.

–Me acuerdo de cuando Starksville no era un lugar tan malo donde vivir, incluso *con* las leyes de Jim Crow –dijo Nana Mama con nostalgia.

–¿Qué son las leyes de Crow? –preguntó Ali, arrugando la nariz.

–Había leyes contra la gente como nosotros –contestó ella, y luego señaló con un huesudo dedo una farmacia cerrada y un bar llamado Lords–. Recuerdo que allí mismo había carteles que decían: «Prohibida la entrada a los negros».

–¿Fue el doctor King quien los quitó? –preguntó mi hijo.

–En última instancia, él fue el responsable –dije–. Pero, que yo sepa, nunca llegó a...

–¡Eh, ahí está Scootchie! –gritó Jannie.